VI Domingo Tiempo Ordinario

Sirácida 15, 16-21; 1 Corintios 2, 6-10; Mateo 5, 17-37

«Cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda y vete primero a reconciliarte con tu hermano»

16 febrero 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«Me conmueve esa vida entregada por amor. Aceptando la renuncia como parte del camino. Sin buscar compensaciones ni premio alguno»

Aprender a amar lleva toda una vida, cuesta mucho. Me lo explican de tantas formas posibles y no aprendo. Quizás no lo escucho o pienso que no me hace falta todavía. Mientras sigo mi camino. Y trato de amar a mi manera. ¿Cómo es ese amor que entrego tantas veces de forma tan torpe? En la película Rocketman, una película musical basada en la vida de Elton John, el protagonista recuerda lo que le decía a su padre siendo él un niño: *«¿Cuándo me vas a abrazar?»*. Y el padre le respondía: *«Niño, no seas blando»*. Ese niño sólo quería ser amado, abrazado por su padre. Esa herida le acompañará toda su vida. Gracias a su genio musical logró todo lo que quería, menos que lo amaran de forma sana. Él sólo quería simplemente ser amado por alguien. ¿Tan difícil resulta recibir un abrazo? ¿Tanto me cuesta que me abracen? ¿Tan difícil es decir te quiero, creo en ti, confío en tus palabras y abrazar? Quizás necesito volver a mi interior para abrazar al niño herido que llevo dentro. Ese niño que confiaba y recibió rechazo, soledad, desprecio. Ese niño en el que no creyeron y dejaron abandonado cuando más necesitaba ser abrazado. Tengo que volver a encontrarme con mi niño que me lleva de la mano por las ruinas de mi historia. Me muestra mis propios fantasmas para que deje de tenerles miedo. Y me abraza a mí que ya soy grande. O yo a él para que confíe de nuevo y se sienta en casa. Es ese niño que habita en mi alma oculto dentro de mis miedos. Y yo le digo hoy que no tiene nada que temer. Que la batalla final está ganada. Y las derrotas son siempre pasajeras. Me gusta lo que decía G. K. Chesterton hablando de los cuentos de hadas: *«Los cuentos de hadas no dan al niño su primera idea de los fantasmas. Lo que los cuentos de hadas dan al niño es su primera idea clara de una posible victoria sobre el fantasma. Nosotros hemos conocido íntimamente al dragón desde siempre, desde que supimos imaginar. Lo que el cuento de hadas hace es proporcionarnos un san Jorge capaz de matar al dragón»*[1]. El cuento de hadas me ayuda a confiar desde mi impotencia. Me hace creer en ese poder invisible que puede vencer todo ese mal que mi corazón imagina. Pienso en el poder de Dios. Y me adentro en mi interior para abrazar mi historia, a ese niño que necesita un abrazo para que se calmen sus miedos. Yo tengo mucho de ese niño asustadizo. Oculto entre las bambalinas de mi vida. Ese niño que sueña con hadas que vencen los fantasmas acabando con los miedos. Quiero aprender a mirar así a Dios, a María. Ellos acaban con mis fantasmas. Ante el poder de Dios no tienen ningún poder. Vivir con miedo es vivir a medias. Vivir sin un abrazo es vivir sin amor. Vivir sin reconocer al niño que habita en mi alma es vivir de espaldas a mi pasado, a mi historia santa. Vuelvo a mirarme en esas fotos de niño ya gastadas. Miro mis ojos abiertos y mi sonrisa franca. Quiero recuperar la ternura e inocencia con la que recorría mis pasos cargando piedras, seguro de mis fuerzas, de la fuerza de los míos. Valiente en mi cobardía. Temeroso en mis actos valerosos. Me gusta detenerme antes esas fotos añejas. Esperando sin lograrlo a que se mueva ese niño, esa madre, el padre o la hermana. Esperando a que surja una voz del papel gastado. O se desprenda el olor de esos lugares que tan bien recuerdo. Y cobre vida ante mí toda mi infancia pasada. Llena de abrazos y sueños. De sonrisas y de lágrimas. Porque todo tiene un poco de ambas realidades. El dolor y la alegría. La paz y la guerra en el alma. Y la vida que fluye entre los dedos mientras yo abrazo el presente y el pasado de mis días. Y sonrío al ver que todo influye y a la vez no es definitivo. Puedo sentirme amado. Una

[1] Diego Blanco, *Un camino inesperado: Desvelando la parábola de El Señor de los Anillos*

y otra vez. Siempre de nuevo. Puedo dar los abrazos recibidos o los que no me dieron. Puedo vestirme de trajes de gala y vencer con mi armadura el poder de los fantasmas. Puedo dibujar contra el negro los colores más vivos. **Entonar mil canciones que llenan de vida el alma. Pierdo el miedo.**

¿Qué significa realmente ser generoso? ¿Significa ser capaz de dar aquello que me sobra o dar mejor aquello que yo necesito? ¿Soy más generoso cuando doy lo que no me hace falta o cuando me privo de lo que yo mismo quiero? ¿Soy más generoso cuando acepto un trabajo sólo porque me gusta sobresalir y ser tomado en cuenta o cuando lo hago movido por mi deseo de ser corresponsable con el bien común? Son importantes las intenciones que motivan mis actos. Una generosidad centrada en el propio interés, ¿vale menos a los ojos de Dios? No lo tengo tan claro. ¿Importa el acto mismo o la motivación escondida? ¿El hecho objetivo o las razones subjetivas que me mueven a hacerlo? Me gustaría tener motivaciones totalmente puras. Pero no es así. Me encuentro mendigando cariño y aceptación en todo lo que hago. Deseo ser reconocido. Tengo ansia de valer. Como si al escuchar halagos por mi generosidad una herida oculta sanara. Miro mi corazón para ver lo que realmente lo mueve. ¿Es el amor puro y grande a Dios y a los hombres? Ya lo decía Einstein: «*El Amor es gravedad, porque hace que unas personas se sientan atraídas por otras. El Amor es potencia, porque multiplica lo mejor que tenemos, y permite que la humanidad no se extinga en su ciego egoísmo. El amor revela y desvela. Por amor se vive y se muere. El Amor es Dios, y Dios es Amor*». El amor debería ser la razón única de mi existencia. El amor que recibo o el que reclamo. El amor que doy o el que me guardo. Todo es amor al final del camino. El amor me mueve en una dirección o me retiene en el espacio cerrado de mis miedos, cuando no me dejo amar, o me niego a amar a otros. No es fácil percibir la diferencia entre actos similares. Pueden ser totalmente los mismos. Las horas que paso junto al enfermo. El pan que doy al hambriento. El abrazo que entrego al que me lo pide. Las horas que invierto en cuidar a los míos. El dato frío es el mismo. Son las mismas horas, los mismos gestos, los mismos resultados. ¿Y las motivaciones? ¡Quién soy yo para juzgar lo que mueve el corazón humano! La intención puede ser pura, o no serlo. O puedo estar enfermo en la raíz y los frutos que surgen del alma no ser puros. Puede ser que mi vida parezca una ofrenda gratuita a los ojos de los hombres. O puede no serlo en su apariencia y serlo en lo escondido para Dios. Lo que tengo claro es que quiero ser generoso con mi vida, en mis criterios, en mi forma de pensar. Luego la vida con su ritmo y exigencia parece pedirme más de lo que puedo dar. Y entonces me siento sobrepasado. O veo que la generosidad que me piden no es la que Dios desea para mí. ¿Cómo distingo? O veo que la generosidad no puede ser el único criterio para tomar decisiones. Seguir el camino de la vida consagrada abrazando en intimidad al Señor no puede basarse solo por un acto de generosidad. Puede haber una cierta cuota de egoísmo en mi sí generoso. Detrás de mi entrega puede haber la búsqueda de un hogar, la necesidad de sentirme querido, el deseo de dignidad. Y tampoco me vale como único criterio pensar en lo más generoso para decidir dar la vida. ¿Es más generosa una vida consagrada que una vida matrimonial? ¿Por generosidad tengo que decidirme a dárselo todo a Dios? No es el único criterio. Jesús me promete la alegría de estar con Él. Y una vida plena. ¿Es generosa esta elección? No totalmente. En ella estoy renunciando a lo que no deseo. No quiero llevar una vida mediocre, triste, solitaria. Todo se confunde en el alma. Lo que Dios me pide simplemente es que escuche en el silencio del corazón su llamada para saber qué pasos dar. Sólo quiere que mi vida sea plena. Sor Verónica, fundadora de la comunidad religiosa Iesu Comunio, comenta: «*Padecemos cuando desertamos de llegar a ser hombres en la plenitud que anhelamos. Tenemos miedo a vivir, a no encontrar el sentido de la vida ni su valor. Y no somos capaces de enfrentar los acontecimientos diarios. El hombre si no vive abrazado a Dios y su voluntad está desorientado. No sabe reconocer quién es ni adonde va. Estamos bien hechos. La sed es el grito del Espíritu en el corazón del hombre para que no se conforme con una vida mediocre. La sed del hombre sólo en Jesús, el mendigo sediento, calma el corazón*». Soy un sediento. Y muchos de mis actos los mueve el egoísmo. Ese egoísmo de querer saber a donde voy y llevar una vida plena y lograr una felicidad soñada. Puede parecer egoísta esta búsqueda. Es tan humana. Quiero ser feliz para poder hacer felices a los demás. Es cierto. La santidad es el camino en el que Dios va haciéndome de nuevo para que tenga vida, para que dé vida con generosidad a muchos. El amor a Dios me lleva a ser generoso y a renunciar a mí mismo. Creo que mi generosidad es más pura en la renuncia. Soy generoso cuando renuncio a la búsqueda de mí

mismo. Cuando dejo de perseguir sólo mis deseos. Y renuncio incluso a saciar mi propia sed para que otros tengan agua. Esa renuncia es más generosa. Es más de Dios. Porque es una entrega en gratuidad sin esperar nada a cambio. Es el desbordamiento del amor que habla de una generosidad sin compensaciones, ni retribuciones. Darlo todo sin esperar el pago por lo entregado. Ni cielo, ni paraíso, ni halagos, ni abrazos. Un amor que renuncia en la oscuridad sin que nadie sepa, sin que nadie lo vea. No todo tiene que saberse. La mayoría de los santos, aquellos a los que admiro, algunos aún vivos, son los que se dan sin buscarse y se entregan renunciando a lo que les corresponde. No hablan de justicia. No exigen compensaciones. Dan sin llevar cuenta de lo que hacen. No esperan que nadie reconozca su vida generosa. Seguramente nadie los recordará como santos dignos de ser recordados. No estarán en las listas de los santos. Brillarán ocultos en lo escondido. Y su vida será como la semilla que muere bajo tierra sin que nadie lo vea. Sonreirán felices por haber podido dar la vida. Y sabrán que todo tiene un sentido en lo más oculto. Admiro esa generosidad sin segundas intenciones. Me conmueve esa vida entregada por amor. Aceptando la renuncia como parte del camino. **Sin buscar compensaciones ni premio alguno.**

Me resulta difícil pensar en lo que despiertan mis palabras y mis gestos en los demás. Paso por alto el valor de todo lo que hago. No me doy cuenta de la fuerza que tiene mi vida en la gente. Nada de lo que hago pasa desapercibido en esa red de vínculos que teje Dios. Mis omisiones, mis debilidades convertidas en pecados, mis gestos de amor incondicional, mi vida entregada. Todo tiene su repercusión. Todo mi ser educa a los míos, no sólo mis palabras, no sólo mis lecciones, sino todo lo que hago y lo que no hago. Ese lenguaje no verbal. Sé que no soy sólo yo el que educa. Cristo cobra fuerza en mi vida. Comenta el P. Kentenich: *«El educador que actúa separado de Cristo sólo tiene un poder educativo muy insignificante. En el mejor de los casos tiene a su disposición un poco de genialidad humana. ¿Y cuánto se puede alcanzar con esa genialidad en circunstancias normales, y, más todavía, en circunstancias anormales como las que hoy vivimos?»*[2]. En el tiempo que vivo es fundamental vivir atado a Cristo. A ese fuego que enciende mi alma: *«No se enciende un fuego con un trozo de hielo»*[3]. Si mi intención es entregar un vínculo cálido con Jesús, eso sólo es posible si yo cuido ese vínculo y me ato a Dios. El fuego sólo se trasmite con fuego. El otro día viví un ejercicio de relaciones humanas. Un grupo de personas se distribuían por una sala. Cada uno tenía que formar un triángulo equilátero con la mirada. Buscaba a otros dos del grupo y se iba moviendo hasta formar un triángulo perfecto. En un momento dado una o dos personas eran llevadas a un extremo de la sala. Eso despertaba en seguida un movimiento continuo, tratando de recuperar la perfección del triángulo equilátero. Me llamó la atención. Primero vi que es imposible la perfección del triángulo. Yo me empeño en que todo lo que hago o enseño resulte de forma perfecta. Quiero ver en mis hijos la expresión de mis deseos, los valores que intento transmitir. Pero no es perfecto. No sucede cuando yo deseo. Vi que, si me muevo, si dejo de estar donde estaba, si tomo decisiones, se altera mi mundo de relaciones. Todo lo que hago tiene consecuencias. Mi pecado, incluso ese que nadie conoce, tiene repercusiones. Y también mis actos de valor, mi entrega generosa. Todo repercute en el todo. No estoy aislado en un mundo sin vínculos. Estoy engarzado en una red compleja de vínculos familiares, de amigos. Son vínculos fraternos, de amistad, filiales, paternos. No puedo pensar que lo que hago no tenga un peso grande en los demás. Una vez hecho quiero encajar las piezas otra vez. Como si fuera evidente volver al principio. Tomo la decisión de emprender un viaje y pretendo que todo permanezca igual en mi ausencia. Decido acabar con una relación de años y deseo que el mundo acepte una nueva relación como algo evidente. Pero no sucede. Actúo mal y pretendo seguir adelante como si ninguno de mis actos equivocados hubiera sucedido nunca. Pretendo que la red siga igual, mi triángulo equilátero perfecto. Pero no sucede. Escucho críticas, me juzgan, se alejan de mí algunos, nada es como antes. Y yo quiero que lo sea, que los demás lo acepten. Pero no sucede. Mis decisiones tienen consecuencias. Y es maduro aceptar que eligiendo algo, siempre hay otras cosas que pierdo. Y si no lo asumo, voy a ser un niño inmaduro toda mi vida. La tolerancia ante las decisiones de los demás siempre tiene un límite. No tengo que aceptarlo todo, asumirlo todo. Respeto lo que otros eligen,

[2] Rafael Fernández de Andraca, José Kentenich, *Manual del Dirigente*
[3] Rafael Fernández de Andraca, José Kentenich, *Manual del Dirigente*

pero no me pueden exigir que asuma los cambios como algo evidente. Un jarrón roto no queda igual después de haber pegado todas sus piezas. Una enfermedad deja rastros en mi piel, y la cicatriz me recuerda por dónde he pasado. Un viaje hace que mi ausencia sea dolorosa para algunos y no da igual estar o no estar en ciertos momentos de la vida. Una sonrisa tiene un efecto y una cara seria tiene otro. Un grito rasga el alma y quita la paz. Y luego intento pedir perdón, pero ya no es lo mismo. Una discusión no lo deja todo igual, algo cambia. Aunque yo quisiera que lo olvidáramos. No da igual abrazar que desconocer. No es lo mismo hacer una llamada que nunca contestar el teléfono. No da igual hacer una elección que otra. Tener un detalle o no tenerlo. De nada vale que me excuse diciendo que soy libre, que tienen que respetar mis decisiones, que la vida es muy larga, que tengo esa forma de ser y no puedo cambiarla. De nada vale poner excusas o dar razones. Soy así, acéptame, no lo tomes en cuenta. Sí, lo tomo en cuenta. Me hace daño. No es evidente aceptar a otra persona en mi vida por imposición, otro padre, otra madre, otro hermano. Las decisiones de los demás me afectan y no permanezco indiferente ante ellas. Soy honesto. Me importan los demás, sus vidas, sus decisiones. Me afecta lo que deciden. Me duele, aunque lo comprenda. El dolor de la pérdida me cambia por dentro. Igual que me cambia para bien el amor recibido. Un abrazo me levanta y un insulto me hiere. No soy de piedra. Educo desde Jesús cuando lo llevo dentro. Y me doy cuenta de que son mis omisiones las que más educan, o mi lenguaje no verbal más que mis palabras. Son mis incoherencias las que se quedan grabadas, más que mis discursos bien elaborados. Los frutos en el alma de quien se me confía no son míos. Yo sólo riego, planto, podo, o cosecho. Pero no hago crecer la vida, ni la cambio. Yo no soy perfecto, ni tampoco lo que hago. Sólo sé que lejos de Jesús me quedo frío. **Y cerca de Él tengo fuego. Y el mundo se enciende con ese fuego.**

El enamoramiento acontece, sucede, no se puede exigir. Simplemente un día me levanto y me encuentro fascinado. Por una presencia, por un camino, por una vida. El enamoramiento es esa fase del amor que lo disculpa todo, lo perdona todo, lo sobrelleva todo. La vida se llena de luz, de alegría y todo parece tan fácil. ¿Cómo hago para vivir siempre enamorado? Hay que querer de verdad con toda el alma esa vida que amo, a esa persona a la que amo. Hay que poner no sólo el sentimiento sino la voluntad y querer elegir lo que me seduce. Decía Sor Verónica, fundadora de la comunidad Iesu Communio: «*El acto de libertad de creer y querer de verdad. Queremos muchas veces la vida sin romper con lo que nos mata, sin dejar las redes que nos esclavizan. Entonces no lo quieres. Cuando te enamoras quieres a esa persona sin pensar en todo a lo que renuncias. Si sigo jugando a juegos de muerto no quiero la vida. Hay que querer de verdad*». Quiero ese amor verdadero y profundo que me permite vivir cada día enamorado es el que me lleva a elegir el bien en mi vida. Hoy escucho: «*Si quieres, guardarás los mandatos del Señor, porque es prudencia cumplir su voluntad; ante ti están puestos fuego y agua: echa mano a lo que quieras; delante del hombre están muerte y vida: le darán lo que él escoja*». El amor mueve mi alma hacia el bien. ¿Es el amor lo que mueve el mundo? ¿Qué mueve mi corazón? El amor y el odio. Dos caras de la misma moneda. ¡Cuántas personas que se llegan a amar profundamente en un momento de su vida luego se alejan, se distancian y se odian! El amor profundo que se han tenido se convierte en odio. ¿Es eso posible? ¿Cuántas cosas hago movido por el amor? ¿Cuántas por el odio? ¿O es la indiferencia la que hace que mis pasos se derramen lentamente por los caminos? Sin amor no hay fuego, no hay pasión, no hay vida. Quedan la indiferencia, la pereza, la dejadez, la frialdad. Falta ese amor que es como un fuego que quema el corazón por dentro. Los enamorados caminan de la mano por la calle. Se miran y tiemblan. Sonríen sin motivo y hacen locuras el uno por el otro. Es el comienzo de un camino. Me gusta mirar a esos matrimonios ya mayores que se siguen mirando enamorados, con fuego en el alma. Es la fidelidad de un amor maduro. El fuego conservado con el paso de los años. No desaparece el amor, no se convierte en odio, tampoco en frialdad ni tibieza. ¿Cómo se puede alimentar la hoguera del amor? Tengo que aprender a decir te quiero. A demostrar con caricias todo mi amor guardado. Aprender a buscar la felicidad del amado. No me cuesta sufrir ni renunciar por aquel a quien amo. Me alegro con sus victorias, lloro de emoción con sus logros, sufro en sus derrotas. Quiero un amor descentrado, un amor maduro que se haga oblación sincera, un amor que dure con el paso del tiempo. Nunca se apaga la llama. «*Te quiero más que ayer. Te amo como nunca he amado a nadie*». Las palabras están vacías si no contienen obras, gestos, frutos que brotan de la tierra de mi vida. Tengo ante mí el mal y el bien, puedo elegir el acto de amor o la

omisión por dejadez, por pereza. Puedo elegir la fidelidad cotidiana o dejarme llevar por pasiones pasajeras. Puedo olvidarme del amor primero y sentir que ahora Dios me pide otra cosa. Que soy joven aún y merezco otra vida. Puedo olvidar esos años pasados, olvidar el amor y llegar a creer que nunca fue, que nunca hubo. Puedo desamar lo amado. Y odiar al que tanto amaba. Puedo olvidar mi historia en mis amores humanos. Es frágil la memoria del corazón. Puedo olvidarlo todo y sentir que mi vida se sigue jugando en el amor que doy, en el amor que recibo. Al final de mis días me recordarán por esas elecciones tomadas desde el amor. La vida que entregué sin guardarme nada. La vida que consagré sin esperar nada. Amar hasta que duela, como me pide Jesús sabiendo lo que difícil que es amar de esa forma. Imposible si no dejo que sea Él quien ame a través de mis palabras, de mis obras, de mis renuncias. Quiero querer. Quiero aprender a amar dejándome amar por ese amor que todo lo eleva. **Miro a Jesús y sigo su camino. Elijo el bien. Lo elijo a Él para siempre.**

El amor tiene mucho que ver con el perdón. Hoy escucho: «*Habéis oído que se dijo a los antiguos: - No matarás, y el que mate será procesado. Pero yo os digo: - Todo el que esté peleado con su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín, y si lo llama "renegado", merece la condena del fuego. Por tanto, si cuando vas a poner tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda*». ¡Cuánto duele vivir con rencor y con deseos de venganza! El corazón se llena de rabia. No perdono. No logro pasar página. Vuelven continuamente a mi corazón los mismos sentimientos de odio, de rabia, de venganza. ¿Es posible el perdón cuando la ofensa ha sido muy grande? ¿Es posible perdonar y no volver a sentir la misma rabia? Sí, es posible. Pero es una obra de Dios que actúa sobre el paso previo que tengo que dar. Miro mi corazón que sangra por la herida y me pregunto: ¿Quiero vivir siempre con rencor? Y si perdono, ¿significará que no le doy importancia a lo que hicieron conmigo? No. El perdón me sana a mí mucho más que a quien lo recibe. No importa si el otro sabe o no. No necesito contárselo a nadie. Pero sí necesito perdonar. Me levanto y le digo a Jesús que sí, que quiero perdonar al que me ha hecho daño. A mi hermano que, queriendo o sin querer, hirió mi alma. Lo perdono por lo que hizo ese día, por lo que dijo, por lo que pensó, por lo que me demostró con sus omisiones, con sus ausencias. El perdón es una purificación del alma. Necesito perdonar. ¿Podré hacerlo? ¿Será Jesús capaz de perdonar en mi interior? No es tan sencillo. Mi corazón se rebela y no acepta esa supuesta sumisión del perdón. ¿No quedará su daño impune? ¿Y si lo vuelve a hacer con otro? Mejor que sufra lo mismo que yo. Que sufra más porque es culpable. El perdón parece un indulto. Y eso no lo quiero. Deseo que pague todo el mal que me ha hecho. ¿Cómo puedo perdonar cuando la rabia me consume? No lo sé, pero sé que sin perdón no puedo empezar de nuevo a caminar. Sin el perdón no me siento en paz ante el altar mientras recibo a Jesús en mi alma. Sin perdón no puedo caminar tranquilo por los bosques, por los mares. Es como un veneno que me quita la alegría y la paz. Vivo lleno de rencor cada vez que vuelvo a recordar. Quisiera cambiar mi historia. Ese día de mi pasado. El día de la ofensa, el del abuso, el de la palabra hiriente. Quiero borrarlo de un plumazo y olvidar. Pero no puedo. Me pesa mi pasado como una losa y no avanzo. Hoy me levanto de nuevo y comienzo el camino del perdón. Miro a lo más alto y recuerdo las palabras de Dom J.B. Chauchard: «*Fíjense la meta más alta. Háganlo sin vacilaciones, y se asombrarán de los resultados*». Le pido a Jesús que me ayude porque sólo Él puede hacer posible lo imposible y hacer accesibles metas tan lejanas. Al mismo tiempo miro a mi alrededor. Otros tienen quejas contra mí. No me perdonan porque he hecho daño incluso sin saberlo. Actué movido por mi orgullo, por mi vanidad. Desprecié al débil, ofendí al que no sabía, ignoré al que buscaba mi cariño. Tal vez incluso no me sienta culpable. O no sepa bien de qué se me acusa. No importa. El daño subjetivo que he causado es verdadero. Miro en mi corazón que es torpe y no lo hace todo bien. He causado daño. Hay víctimas que han sufrido mi desprecio, mi desinterés, mi abuso de poder, mi ofensa involuntaria. Miro a mi alrededor en mi familia, mi cónyuge, mis hijos, mis amigos, mis empleados, mis jefes. Miro a todos los que han caminado conmigo. Miro las ofensas que he causado. Tengo que aprender a pedir perdón. Es tan sano. Decía el Papa Francisco en Amoris Laetitia: «*Es importante orientar al niño con firmeza a que pida perdón y repare el daño realizado a los demás*». Quiero aprender a reconocer mi culpa. Nunca la culpa es sólo de los otros. Yo tengo mi responsabilidad. Pedir perdón y perdonar son pasos fundamentales

en el amor. Me es más fácil perdonar al que me ofende cuando recuerdo las ofensas que otros me han perdonado. En amistades de mi vida, en mi familia. Leía el otro día: «*Hay un tipo de amistad así. Que comparte miradas y proyectos. Que perdona, porque se sabe perdonada por el que es mayor*»[4]. El amor verdadero, ese amor con el que sueño es misericordioso y perdona. Y a la vez pide perdón porque reconoce con humildad que no lo hace todo bien. Fallo en las formas y peco por omisión. Son mis pecados más numerosos. La culpa por lo que no he hecho bien me invade y me hace daño. Pedir perdón me hace tomar conciencia de que soy pequeño y frágil. ¿A quién he hecho daño en el último tiempo? ¿Quién tiene algo contra mí? Miro mi vida con honestidad y veo las cosas que no están bien. Quiero reconocer mi culpa y pedir perdón. Pero no de pasada, sino en serio, desde dentro, con una humildad verdadera. Quiero estar en paz cuando vaya al encuentro con Jesús. En paz cuando me encuentre ante el altar. En paz con mis amigos, con mis hijos, con mis padres, con mi cónyuge, con mis hermanos, con los que dependen de mí. **En paz con todos. Reconciliado, perdonado.**

Buscar la felicidad es lo que desea mi alma. Hoy escucho: «*Dichoso el que camina en la voluntad del Señor. Dichoso el que, con vida intachable, camina en la voluntad del Señor; dichoso el que, guardando sus preceptos, lo busca de todo corazón*». Buscar a Jesús y seguir sus preceptos, su voluntad me hace feliz. Jesús dice desde el monte: «*No creáis que he venido a abolir la Ley y los profetas: no he venido a abolir, sino a dar plenitud. Os aseguro que antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse hasta la última letra o tilde de la Ley. El que se salte uno sólo de los preceptos menos importantes, y se lo enseñe así a los hombres será el menos importante en el reino de los cielos. Pero quien los cumpla y enseñe será grande en el reino de los cielos. Os lo aseguro: Si no sois mejores que los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos*». Quiere que sea mejor que los fariseos que cargan fardos pesados en las personas y luego ellos no dan un paso para llevar la carga. Mejor que los fariseos, que eran los que conocían el contenido de la ley y vivían para enseñar sus preceptos, hasta los más pequeños. Mejor que los que estaban cerca de Dios, los más amados, los escogidos. Y veo que Jesús me pide que sea mejor que ellos. Porque ellos, teniéndolo todo a su alcance para ser fieles, eran débiles y no vivían como decían. No eran coherentes. Lo que me pide Jesús es que ame la vida que elijo. Que ame los preceptos de ese Dios al que amo. Que ame esa vida que se convierte en mi camino. Parece sencillo y no lo es. Porque el ideal está alto y yo quiero llegar tan lejos y ser feliz. A veces tropiezo y me siento culpable por no estar a la altura y no ser santo. No quiero dejar de soñar como leía el otro día: «*Sueña en grande, actúa en pequeño. Deja tu corazón volar. Haz un plan de acción. No pasa nada por hacer castillos en el aire. Sueña, usa la imaginación. Uno atrae lo que te va sucediendo en la vida. Ilusiónate con un proyecto grande*»[5]. Sueño en grande mientras subo peldaños de la vida cotidiana. Un plan de viaje. Una ruta marcada. Un ideal alto que saca lo mejor de mí. Porque cuando me conformo con llegar al mínimo ni a eso llego. Pero cuando intento subir a la más alta cordillera, llego más lejos. Yo atraigo lo que sueño. Si sueño con muy poco, poco será lo bueno que me suceda. No me pongo límites. El amor mueve mis pasos. Me pongo manos a la obra. Seré feliz si sigo sus preceptos. El camino que Dios me señala es una ruta de felicidad. Un camino que me eleva y sana. Un desafío en este mundo que se conforma con cumplir con la norma. Ni el más pequeños de los preceptos dejará de tener valor. Así es Dios. Él me muestra la cumbre más alta y se preocupa de cada uno de mis pasos. Todo le importa. Lo grande y lo pequeño. Quiere que mi alma sea grande, ni tacaña, ni mezquina. Y compara los mandamientos: «*Habéis oído el mandamiento… Pues yo os digo…*». Me gusta esa forma de mirar los mandamientos. No habla del mínimo. No sólo no matar, basta con hablar mal, juzgar, condenar. No lo más grande, sino lo pequeño. Cualquier herida. Jesús no rechaza ningún mandamiento. Va al fondo. Quiere que mi vida no se quede en los mínimos. ¡Cuántas veces lo veo! En otros y en mí. Me conformo con lo exigido, me olvido del máximo. Intento salvar mi imagen. Cumplo, pero miento en el fondo, porque no estoy amando. Y me duele fallar porque mi orgullo se siente herido. No pienso en el ideal y me conformo con la norma. Quiero ser mejor que los fariseos. Aspirar a lo más grande. Quiero tener un alma grande, no pequeña. Un alma que sueña con las alturas y no se conforma con arrastrarse por los caminos. Necesito cortar lo que me impide crecer, para llegar más lejos, más alto. Dejar lo que es una tentación. Sor Verónica decía: «*San Agustín decía: Concédeme castidad, pero no de inmediato. ¿Por*

[4] Fernando Alberca de Castro, *Todo lo que sucede importa: 163*
[5] Marian Rojas Estapé, *Cómo hacer que te pasen cosas buenas*

qué siempre digo mañana? Sácame de la prisión, pero mañana. Aquello a lo que estamos apegados nos oprime más de lo que creemos». Quiero liberarme de mi pecado, pero no ahora, mejor mañana. Ahora es demasiado pronto. Me sigo arrastrando en lugar de volar. Y lo que quiere Dios es que vuele. Quiere que salga de mi prisión para aspirar a cosas más grandes. Que no viva siempre luchando con mi pecado, sino haciendo cosas grandes por los demás. Siendo más generoso, más libre, más humilde, más pobre. Todo para Dios, por amor a Dios. **Los mínimos no son para los cristianos.**